

LAS ALMAS MUERTAS

Nicolái Gógol

Traducción de
Marta Rebón

Ilustraciones de
Alberto Gamón

Notas de
Ferran Mateo

Nordicalibros
2017



AD VERBUM

La traducción de la edición y la creación de la maqueta de edición han sido realizadas con el apoyo financiero de la Agencia Federal de Prensa y Medios de Comunicación en el marco del Programa Federal «la Cultura de Rusia» (para los años 2012-2018)

Título original: *Miórtvie dushi*

© De las ilustraciones: Alberto Gamón

© De la traducción: Marta Rebón

© De las notas: Ferran Mateo

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-16830-13-8

IBIC: FA

Depósito Legal: M-2170-2017

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Encuadernado en Ramos

Diseño de colección

y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LAS ALMAS MUERTAS

POEMA

PRIMERA PARTE¹

CAPÍTULO PRIMERO

Por el portón de una posada de la ciudad de N.,² capital de provincia,³ entró una pequeña calesa de ballestas, bastante bonita, una de esas *britzkas*⁴ en las que suelen desplazarse los solterones: tenientes coroneles retirados, capitanes asistentes⁵ y terratenientes poseedores de un centenar de almas de campesinos;⁶ en pocas palabras, todos esos a los que se conoce como señores

¹ Gógol empezó a redactar la primera parte (o volumen primero) del libro a mediados de 1835 y la acabó a finales de 1841. Se publicó en mayo de 1842, con el título *Las aventuras de Chíchikov o las almas muertas*. (*Poema de N. Gógol*). El cambio del título y algunas modificaciones (sobre todo con respecto a «La historia del capitán Kopeikin») fueron impuestos por el comité de censura de San Petersburgo. (*Todas las notas de la presente edición pertenecen a F.M.*).

² En ruso, la letra ene equivale a la equis en español para ocultar o sustituir el nombre de una persona, localidad u objeto. Al denominar así el lugar donde transcurre la acción, Gógol enfatizaba el carácter genérico e intercambiable de las ciudades que no eran ni San Petersburgo ni Moscú y que se definían por todo de lo que carecían. En sus notas para *Las almas muertas*, Gógol define N. como un lugar que encarna «el más alto grado de vacuidad». Para él y sus epígonos —Leskov, Turguénev, Dostoievski o Chéjov—, las ciudades N o NN eran la quintaesencia de la mezquinidad en la sociedad zarista.

³ Centro administrativo de una de las más de cuarenta y cinco provincias (o *guberni*) en que Rusia estaba dividida a principios del siglo XIX.

⁴ Nombre de procedencia polaca. Carruaje ligero semicubierto con capota abatible y asiento reclinable, por lo general de piel.

⁵ Capitán asistente (*shtabs-kapitán*, en ruso) es un rango militar, entre teniente y capitán, que se utilizó en los ejércitos ruso y prusiano, entre otros. Se introdujo en el Ejército ruso en 1798, sustituyendo el rango de *shtabs-porúchik* que, a su vez, había reemplazado, en 1705, al de *shtabsleutenant*, establecido por Pedro I. Hasta 1884 ocupó el grupo X en la Tabla de Rangos.

⁶ Hasta la abolición de la servidumbre en 1861, decretada por el zar Alejandro II, las vidas de los campesinos estuvieron supeditadas a la voluntad de los terratenientes o del Estado. Desde el siglo XV, para evitar la despoblación en las regiones centrales y la depreciación de las tierras de cultivo, se estableció la obligación de que los campesinos y sus descendientes vivieran en las propiedades para las que trabajaban. Los terratenientes medían su fortuna en número de siervos o almas, y no en extensión de tierras.

de medio pelo. En la calesa viajaba un señor que, sin ser guapo, no tenía mal aspecto, ni demasiado gordo ni demasiado flaco; no podía afirmarse que fuera viejo, pero tampoco era lo que se dice joven. Su entrada en la ciudad no levantó el más mínimo revuelo ni vino acompañada de nada en particular; sólo dos campesinos rusos, apostados junto a la entrada de la taberna frente a la posada, hicieron algunos comentarios relativos, por otra parte, más al carruaje que a su ocupante.

—¡Mira! —dijo el primero—. ¡Fíjate qué rueda! ¿Qué te parece? ¿Llegaría una rueda así a Moscú, si se diera el caso, o no?

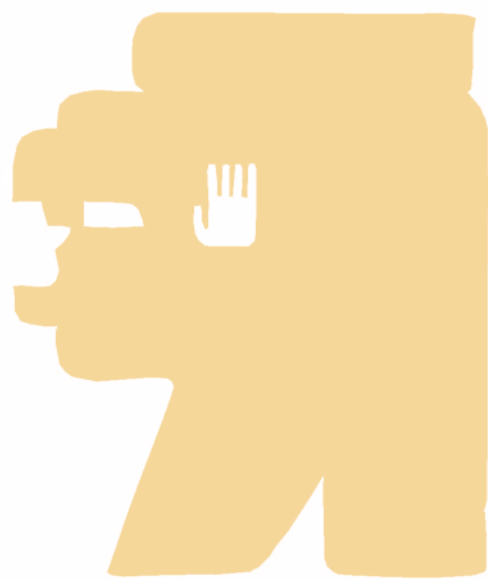
—Llegaría —respondió el otro.

—Pero ¿y a Kazán? A mí me da que no...

—No, a Kazán no.

Y la conversación terminó ahí. Cabe añadir que, al llegar a la posada, la calesa se cruzó con un joven que vestía pantalones blancos de fustán muy ajustados y cortos, así como un frac pretendidamente a la moda del que asomaba una pechera cerrada con un alfiler de bronce de Tula en forma de pistola. El joven se volvió, miró el carruaje, se sujetó con la mano el gorro, que el viento había estado a punto de arrebatarle, y prosiguió su camino.

Cuando el coche entró en el patio, el señor fue recibido por un criado o *mozo*, como se los llama en este tipo de establecimientos en Rusia, un hombre hasta tal punto vivaracho e inquieto que incluso resultaba imposible verle la cara. Presto y solícito, acudió servilleta en mano, todo él larguirucho en una levita de *demi-coton* cuya parte trasera le llegaba casi hasta la misma nuca. Se sacudió la melena y condujo con agilidad al señor hacia arriba, a lo largo de toda la galería de madera, a fin de mostrarle el aposento que Dios le concedía. El aposento era de los que ya se sabe, pues la posada era también de las que ya se sabe; es decir, ni más ni menos como las que se suelen encontrar en las capitales de provincia, donde, por dos rublos al día, al viajero se le brinda una apacible habitación con cucarachas que, como ciruelas pasas, emergen de todos los rincones, y con una puerta que da a la habitación contigua, siempre atrancada con una cómoda, donde se aloja un vecino, por lo demás tranquilo y taciturno, aunque extraordinariamente curioso e interesado en conocer todos los detalles del recién llegado. La fachada de la posada se correspondía con su interior: era muy larga, de dos plantas. La inferior no estaba enyesada y, en sus muros de obra vista, se distinguían pequeños ladrillos de color rojo



oscuro, más ennegrecidos si cabe por los bruscos cambios de tiempo, aunque ya de por sí bastante sucios. La superior, en cambio, estaba recubierta de la sempiterna pintura amarilla. Abajo había unas tiendas donde vendían colleras, sogas y roscas de pan. En uno de estos negocios o, mejor dicho, en la ventana de la esquina, estaba apostado un vendedor de *sbiten*⁷ con su samovar de cobre rojo y una cara tan colorada como el mismo samovar, de modo que, a lo lejos, se habría podido pensar que, en la ventana, había dos samovares, de no ser porque uno de ellos lucía una barba negra como el betún.

Mientras el honorable forastero inspeccionaba su habitación, le entregaron sus bártulos y, antes que nada, una maleta de cuero blanco, algo desgastada, prueba de que no era la primera vez que la ponían a recorrer mundo. La maleta la llevaron entre el cochero Selifán, un hombre bajito con una zamarra raquítica, y el lacayo Petrushka, un tipo de unos treinta años, de nariz y labios gruesos, apariencia un poco hosca, con una holgada levita toda raída que, en otro tiempo, a todas luces, había pertenecido a su señor. Siguieron a la maleta un cofrecillo de caoba, adornado con marquetería de abedul de Carelia, unas hormas para las botas y, envuelta en papel azul, una pularda asada. Una vez introdujeron todo esto en la habitación, el cochero Selifán se dirigió a la cuadra para cuidar de los caballos, mientras que el lacayo Petrushka se instalaba en una pequeña antesala, un cuchitril muy oscuro adonde se había apresurado a llevar su capote y, junto con él, su particular olor que también impregnaba el saco que contenía su parafernalia de criado. Allí, arrimó a la pared un estrecho camastro de tres patas que cubrió con algo semejante a un pequeño jergón, aplastado y fino como una tortita y, sin duda, tan grasiento como la tortita que había obtenido del amo de la posada a base de ruegos.

Mientras los criados trajinaban, yendo de aquí para allá, poniendo las cosas en orden, el señor se dirigió a la sala común. Cualquier viajero sabe a la perfección cómo son estas salas: las mismas paredes recubiertas de pintura al óleo, oscuras cerca del techo, a causa del humo de las pipas, y pringosas abajo por el roce de las espaldas de numerosos viajeros, sobre todo de los comerciantes locales, pues en los días de feria acudían en grupos de seis o siete a degustar su

⁷ Bebida tradicional rusa, muy popular hasta el siglo XIX, mezcla de miel, agua, especias, fermentos cereales y una variedad de hierbas, que se tomaba caliente.

famoso té servido en doble tetera;⁸ el mismo techo tiznado; la misma lámpara de araña cubierta de hollín y adornada con un sinfín de colgantes de cristal, que bailan y tintinean cada vez que el criado corre por el gastado suelo de linóleo, moviendo con brío la bandeja con una cantidad tan enorme de tazas de té como pájaros se posan a la orilla del mar; los mismos cuadros por toda la pared, pintados al óleo; en pocas palabras, lo mismo que hay en cualquier parte; la única diferencia es que aquí uno de los cuadros representaba a una ninfa de pechos opulentos, como el lector probablemente nunca haya visto. Esta clase de caprichos de la naturaleza, por lo demás, suelen encontrarse en diversos lienzos históricos que nos llegaron a Rusia Dios sabe cuándo, de dónde y por medio de quién, a veces incluso por obra y gracia de nuestros altos dignatarios, aficionados al arte, que los adquirían en Italia por consejo de sus guías. El señor se quitó la gorra de visera y se desenrolló del cuello una de esas bufandas de lana con todos los colores del arcoíris, de esas que las mujeres tejen para sus maridos, no sin prodigarles las instrucciones correctas acerca de cómo deben atárselas; mientras que a los solteros no sabría decir quién se las hace, pues yo nunca he llevado una. Liberado de la bufanda, el señor pidió que le dieran la comida. Entretanto, le fueron sirviendo los diferentes platos que se suelen ofrecer en las tabernas de las posadas, a saber: sopa de col con empanadillas de carne, guardadas expresamente para los viajeros durante semanas, sesos con guisantes, salchichas con col, pularda asada, pepinillos salados y la consabida tarta dulce de hojaldre, siempre a disposición del comensal. Mientras le ponían en la mesa, pues, todo esto, recalentado o simplemente frío, obligaba al criado, o mozo, a que le contara todo tipo de sandeces acerca de quién regentaba antes la taberna y quién en la actualidad, si daba muchos beneficios o si su dueño era un sinvergüenza, a lo que el mozo respondía, por costumbre: «¡Oh, un granuja de los grandes, señor!». Pues hoy en día en Rusia es igual que en la Europa ilustrada: abunda la gente respetable que no puede probar bocado en una taberna sin entablar conversación con el criado; a veces, incluso burlándose gustosamente a sus expensas. Por otra parte, no todas las preguntas que formulaba el forastero

⁸ *Para chaya* (literalmente «un par de té») consistía en dos teteras: una grande con agua caliente y otra pequeña con la infusión de hojas de té, dispuestas la segunda encima de la primera. Este objeto de menaje era un atributo imprescindible en la vida cotidiana de los comerciantes de la Rusia prerrevolucionaria; en el cuadro *Taberna de Moscú* (1916), de Boris Kustódiev, aparece uno en el centro de la mesa.

eran triviales; con extraordinaria minuciosidad preguntó por los funcionarios de la ciudad: quién era el gobernador de la provincia, quién el presidente de la Cámara, quién el procurador...⁹ En pocas palabras, no se le pasó por alto ningún funcionario de postín; pero, aún con mayor esmero, mostrando incluso un vivo interés, preguntó por la flor y nata de los terratenientes: cuántas almas de campesinos poseía cada uno de ellos, qué carácter tenían, a qué distancia quedaban sus tierras de la ciudad y con qué frecuencia la visitaban. Sometió al mozo a un interrogatorio exhaustivo sobre el estado de la provincia: ¿había epidemias, fiebres letales, viruelas u otras enfermedades por el estilo? Y todo ello con tanto detalle y tanta precisión que se advertía algo más que mera curiosidad. El señor imponía por sus maneras y, al sonarse, provocaba un ruido atornador. No se sabe cómo lo hacía, pero su nariz trompeteaba. Esta cualidad, a primera vista de lo más inocente, le granjeó, sin embargo, un gran respeto por parte del criado de la posada, quien, cada vez que oía ese sonido, se sacudía la melena, se erguía con más reverencia si cabe e, inclinando la cabeza desde lo alto, le preguntaba: «¿Se le ofrece algo al señor?». Después de la comida, el señor tomó una taza de café y se arrellanó en el sofá, con la espalda contra uno de esos cojines que, en las tabernas rusas, en lugar de con lana mullida, rellenan con algo que se parece extraordinariamente al ladrillo y al adoquín. En ese instante se puso a bostezar y ordenó que lo condujeran a su habitación, donde se acostó y durmió un par de horas. Ya descansado, escribió en un trozo de papel, a petición del criado, su rango, así como su nombre y apellido, para que lo comunicara donde es debido, en la Policía. Mientras bajaba las escaleras, el mozo leyó del papel, sílaba a sílaba, lo siguiente: «ASESOR COLEGIADO¹⁰ PÁVEL IVÁNO-

⁹ El cargo de gobernador era designado directamente por el zar y residía en la ciudad más importante de la provincia. En cuanto al presidente de la Cámara (*palata*, en ruso), es un término genérico que engloba varios organismos administrativos. El procurador era un oficial que gozaba de amplios poderes, pues ejercía sus funciones al margen del gobernador y, como se lee en los cuadernos de Gógol, era «los ojos de la ley».

¹⁰ En la Tabla de Rangos del Imperio ruso, el asesor colegiado ocupaba el octavo nivel de los catorce existentes entre los funcionarios civiles. Establecida por Pedro I (1672-1725) en 1722, permitió reorganizar todo el escalafón del funcionariado y del Ejército rusos, vinculando la obtención del rango, y de los privilegios asociados a él, al servicio que desempeñaban para el emperador, y no al nacimiento, como sucedía hasta entonces. Existían tres categorías diferentes: cortesano, militar y civil. Las tres estaban divididas en catorce rangos. Hasta 1856, la obtención del rango más bajo dentro de la categoría del funcionariado civil otorgaba derecho a la condición de noble a título personal de modo que únicamente cuando conseguía ascenderse hasta el octavo

VICH CHÍCHIKOV,¹¹ TERRATENIENTE, EN VIAJE POR ASUNTOS PROPIOS». Aún estaba el mozo descifrando la nota cuando Pável Ivánovich Chíchikov salió a visitar la ciudad, con la que, al parecer, se sintió satisfecho, pues encontró que de ningún modo era inferior a otras capitales de provincia: el deslumbrante amarillo de las casas de piedra contrastaba con el gris humilde de las de madera. Había construcciones de planta baja, de una sola planta o de planta y media, con las sempiternas buhardillas tan favorecedoras a juicio de los arquitectos locales. Aquí y allá, las casas parecían extraviadas entre las calles inmensas como campos y las interminables empalizadas de madera; en otras partes, se hacinaban sin ton ni son, y era allí donde se apreciaba más movimiento de gente y animación. Saltaban a la vista letreros casi borrados por la lluvia, con dibujos de panecillos y botas o, en otro sitio, de unos pantalones azules y la firma de cierto sastre de Arsovia;¹² en otra parte, una tienda de gorras y sombreros con la inscripción: «VASILI FIÓDOROV, EXTRANJERO»;¹³ más allá, se veía la imagen de un billar con dos jugadores en frac, como los que llevan en nuestros teatros los invitados que aparecen en escena en el último acto. Los jugadores estaban representados apuntando con los tacos, los brazos ligeramente echados hacia atrás y las piernas dobladas como si acabasen de ejecutar un *entrechat*.¹⁴ Debajo de todo esto se leía: «AQUÍ ESTÁ EL ESTABLECIMIENTO». En algunas partes, directamente en la calle, se veían mostradores con nueces, jabón y unos melindres que también parecían jabón; se veía asimismo una fonda con el dibujo de un pez atravesado por un tenedor. Lo que más destacaba, sin embargo, eran las ennegrecidas águilas bicéfalas imperiales,¹⁵ que en la actualidad se han sustituido con el lacónico

rango se lograba que el título pasara a ser hereditario.

¹¹ Es probable que Chíchikov derive del verbo ruso *chijat* («estornudar»). El nombre también evoca el gorjeo de los pájaros o el ruido de las tijeras al cortar.

¹² Se refiere a Varsovia, cuya inicial se ha borrado.

¹³ Gógol no pierde ocasión de subrayar todos y cada uno de los tics esnobs de sus contemporáneos quienes, por regla, preferían los productos confeccionados en Occidente. Por eso, los artesanos autóctonos, como en el caso de este Vasili Fiódorov, de nombre genuinamente ruso, se hacían pasar por extranjeros, con el fin de atraer más clientela.

¹⁴ Paso de danza clásica en el que, durante el salto, se cruzan las piernas extendidas por delante y por detrás, alternativamente.

¹⁵ En virtud de una ley aprobada en 1765, Catalina la Grande (1729-1796) permitió vender vodka a la nobleza. Dado que el Estado no tenía funcionarios suficientes para recaudar los impuestos derivados de las ventas, a los comerciantes se les permitió adquirir concesiones que les otorgaba el monopolio de venta de esta bebida alcohólica en una zona determinada por un periodo

letrero: «CASA DE BEBIDAS». En todas partes el adoquinado se hallaba en un estado deplorable. Echó un rápido vistazo al jardín municipal, compuesto por unos árboles escualidos, mal arraigados, mantenidos en pie con unos soportes triangulares y recubiertos llamativamente con una pintura verde lustrosa. Por otra parte, aunque esos arbolitos no fueran más altos que unas cañas, en los periódicos se había dicho al describir la iluminación festiva: «Gracias al desvelo de las autoridades municipales, nuestra ciudad se ha embellecido con un jardín compuesto de árboles frondosos que serán un remanso de sombra y frescor en los días de bochorno», y añadían que «era muy enterecedor ver cómo palpitaban los corazones de nuestros conciudadanos, rebosantes de agradecimiento, y cómo derramaban ríos de lágrimas en señal de gratitud al señor alcalde». Después de preguntar en detalle a un centinela, apostado en una garita, cuál era el camino más corto para ir, en caso de que fuera necesario, a la catedral, las oficinas municipales y la residencia del gobernador, el forastero se dirigió a contemplar el río que cruzaba la ciudad; por el camino arrancó un cartel clavado en un poste para leerlo con calma cuando llegara a la posada. Miró fijamente a una dama de presencia agradable mientras ésta paseaba por la acera de madera, seguida de un muchacho en librea militar que llevaba un paquete en la mano; luego, después de abarcarlo de nuevo todo con la mirada, como si quisiera grabar en la memoria la disposición del lugar, se dirigió de inmediato a su habitación, a la que subió por la escalera apoyándose ligeramente en el criado de la posada. Después de tomar té hasta saciarse, se sentó a la mesa, hizo que le trajeran una vela, sacó el cartel del bolsillo y se sumió en la lectura, guiñando ligeramente el ojo derecho. En el cartel, por lo demás, no había nada destacable: se representaba un drama del señor Kotzebue¹⁶ en el que Don Popliovin inter-

específico de tiempo. Por esta concesión, los comerciantes pagaban al Estado un importe fijo basado en las ventas anticipadas previstas. Estos contratistas o concesionarios (*otkupschiki*) aseguraban al Estado un flujo de ingresos constante. Para frenar la galopante corrupción, este sistema se abolió en 1817, y las tabernas pasaron a ser propiedad del Estado; de ahí, el símbolo del águila bicéfala del escudo zarista. En 1827, se abolió este monopolio y, con el paso a la venta libre de bebidas alcohólicas, las tabernas pasaron a llamarse *casas de bebidas*.

¹⁶ August Friedrich Ferdinand von Kotzebue (1761-1819), dramaturgo alemán que residió varios años en Rusia y ostentó cargos en el servicio diplomático ruso. Escribió un gran número de obras sentimentales que gozaron de gran éxito en la época. Señalado por ser un espía del zar, Kotzebue fue asesinado por un estudiante alemán durante una función. El drama que se anuncia es *Die Spanier in Peru oder Rollas Tod* [*Los españoles en Perú o la muerte de Rolla*, 1796].

pretaba el papel de Rolla, y la señorita Ziáblova, el de Cora; daban vida a los demás personajes figuras aún de menor categoría; aun así, leyó todo el reparto, incluso el precio de las butacas de platea, y supo que el cartel se había impreso en la tipografía del Gobierno provincial; después le dio la vuelta para comprobar si en el reverso había algo más, pero, al no encontrar nada, se frotó los ojos y lo enrolló con cuidado antes de depositarlo en su cofrecito, donde solía guardar todo cuanto caía en sus manos. Sirvieron de colofón a este día, parece ser, una ración de ternera fría, una botella de *kvas* espumoso¹⁷ y un sueño atronador en el que roncó como una bomba de succión a toda potencia, como se dice en algunas partes de nuestro vasto imperio.

Todo el día siguiente lo destinó a hacer visitas: el forastero pasó a saludar a todos los dignatarios de la ciudad. Fue a presentar sus respetos al gobernador que, todo sea dicho, al igual que Chíchikov, no era ni gordo ni flaco, llevaba colgada al cuello la Cruz de Santa Ana y se rumoreaba incluso que lo habían propuesto para una estrella.¹⁸ Por lo demás, era un bonachón que a veces incluso se entretenía haciendo bordados en tul.¹⁹ Luego, nuestro viajero fue a ver al vicegobernador, al procurador, al presidente de la Cámara, al jefe de Policía, al contratista,²⁰ al director de las fábricas imperiales... ¡Ay!, es difícil recordar a todos los poderosos de este mundo; baste con decir que el forastero desplegó una insólita actividad en materia de visitas: fue incluso a presentar sus respetos al inspector de Sanidad y al arquitecto municipal. Después, aún siguió un buen rato dando vueltas con la calesa, pensando a quién más podía visitar, pero en la ciudad ya no había más altos funcionarios. Al conversar con estos señores importantes, supo lisonjear a cada uno de

¹⁷ El *kvas* es una bebida de muy baja graduación alcohólica y de sabor ácido que se prepara a base de harina de centeno, malta y pan negro, cuya mezcla se deja fermentar en agua. El tipo particular de *kvas* al que hace referencia se hacía con harina de trigo y de cebada y se envasaba en botellas de champán.

¹⁸ La Cruz de Santa Ana, una de las numerosas distinciones que se otorgaban al mérito civil y por servicios al Estado, se llevaba colgada al cuello o prendida en la solapa, según el grado. La Estrella alude a la Orden de San Estanislao, distinción civil polaca que empezó a concederse en 1765 y, a partir de 1831, en todo el Imperio ruso.

¹⁹ La práctica del bordado estaba muy extendida entre los hombres de la sociedad noble rusa a principios del siglo XIX. El propio Gógol sabía bordar.

²⁰ El contratista, o concesionario de alcohol (*otkupschik*), tenía un gran poder entre la ciudadanía local debido a su posición privilegiada como monopolista en el comercio de este producto. Para más información, véase la nota al pie n.º 15, en las págs. 15-16.

ellos con gran habilidad. Al gobernador, de pasada, le insinuó que entraba en su provincia como quien se aventura en el paraíso, que los caminos en todas partes eran de terciopelo y que los Gobiernos que designan a mandatarios sabios son merecedores de gran elogio. Al jefe de Policía lo obsequió con palabras de alabanza sobre los centinelas; y, al conversar con el vicegobernador y el presidente de la Cámara, que aún no eran más que consejeros del Estado, se le escapó por error, en dos ocasiones, un «Su Excelencia»,²¹ lo cual resultó sumamente agradable para los aludidos. De ahí que el gobernador lo invitara a una velada que ofrecía aquel mismo día en su casa; los demás funcionarios, cada uno por su parte, también lo invitaron bien a comer, bien a jugar a las cartas, bien a tomar el té.

El viajero, sin embargo, parecía que evitara mostrarse demasiado locuaz; si hablaba de sí mismo, recurría a lugares comunes, haciendo gala de una notable modestia, y, en estos casos, su conversación adoptaba un cariz libresco: él no era más que un insignificante gusano en este mundo, indigno de ser objeto de demasiados desvelos, había soportado muchas pruebas en la vida, sufrido en su carrera por su rectitud y hecho muchos enemigos que incluso llegaron a atentar contra su vida. Ahora sólo aspiraba a reponerse, anhelaba encontrar al fin un lugar donde echar raíces y, al llegar a aquella ciudad, había juzgado un deber indispensable presentar sus respetos a los principales dignatarios. Esto es todo lo que supieron en la ciudad sobre este nuevo personaje que, poco después, no dejó pasar la ocasión de exhibirse en la velada del gobernador. Los preparativos para esta velada le llevaron más de dos horas, y nuestro forastero puso un esmero en acicalarse que pocas veces se ve. Después de una breve siesta tras la comida, ordenó que le trajeran lo necesario para hacer sus abluciones, se enjabonó y frotó largo rato las mejillas, abombándolas desde dentro con la lengua. Luego, tomando la toalla del hombro del criado, se secó hasta el último rincón de su cara regordeta, empezando por detrás de las orejas, no sin antes resoplar dos veces en la cara misma del criado. A continuación, delante del espejo, se puso la pechera, se arrancó dos pelitos que le asomaban de la nariz y enseguida se encontró metido en un frac moteado color frambuesa. De esta guisa rodó en su carruaje por calles infinitamente anchas, ape-

²¹ Según la Tabla de Rangos, este tratamiento correspondía a los escalafones tercero y cuarto, por encima de los consejeros del Estado.

nas iluminadas por la luz de algunas ventanas que iban dejando atrás. La casa del gobernador, en cambio, estaba iluminada como para un baile. Una calesa provista de faros; dos gendarmes delante de la entrada; gritos de postillones a lo lejos... En una palabra, todo como es menester. Al entrar en el salón, Chíchikov tuvo que cerrar un minuto los ojos, tal era el brillo de las velas, de las lámparas y de los vestidos de las damas. Todo estaba inundado de luz. Los fracs negros fulguraban y revoloteaban, por separado y en grupos, aquí y allá, como aletean las moscas, en la canícula de julio, sobre un blanco y resplandeciente bloque de azúcar refinado que la vieja ama de llaves parte y divide en terrones relumbrantes, delante de la ventana abierta. Apiñados a su alrededor, todos los niños miran, siguiendo con curiosidad los movimientos de sus manos ásperas que blanden el martillo, mientras que los escuadrones aéreos de moscas, movidos por la brisa ligera, entran volando con audacia, como dueños de pleno derecho, y, aprovechándose de la vista corta de la vieja y de que el sol la deslumbra, se abalanzan sobre los deliciosos terrones, ya sea por separado o en enjambre. Saciadas por el opulento verano que a cada paso les ofrece deliciosos manjares, las moscas irrumpen no para comer, sino únicamente para dejarse ver y merodear por el montón de azúcar, frotarse las patitas de atrás o las de delante una contra otra, rascarse con ellas debajo de las alitas o, extendiendo las dos patitas delanteras, rascarse con ellas sobre la cabeza, darse la vuelta y otra vez despegar para volver a la carga con nuevos e inoportunos escuadrones. No había tenido tiempo Chíchikov de abarcar con su mirada el salón cuando ya lo cogía por el brazo el gobernador, que al instante le presentó a su esposa. También en esta ocasión, el forastero estuvo a la altura de las circunstancias: lanzó cierto cumplido de lo más decoroso para un hombre de mediana edad con un rango ni demasiado elevado ni demasiado bajo. Cuando las parejas dispuestas para el baile los apretujaron a todos contra la pared, él, con los brazos hacia atrás, las contempló con gran atención un par de minutos. Muchas damas iban bien vestidas, a la moda; otras se habían puesto de tiros largos con lo que Dios se había dignado enviar a una capital de provincia. Aquí, como en todas partes, los hombres eran de dos tipos: los primeros, delgados, se dedicaban a hacer la corte a las damas; algunos de éstos apenas se distinguían de los petersburgueses, tenían en gran estima las patillas y las llevaban peinadas con buen gusto o simplemente arregladas, o bien lucían el óvalo de la cara perfectamente rasurado; también se sentaban con desenvoltura junto a

las damas, les hablaban en francés y las hacían reír de la misma manera que en San Petersburgo. La otra clase de hombres la componían los gordos o los que, como Chíchikov, no es que estuvieran demasiado gordos, pero tampoco flacos. Éstos, por el contrario, miraban de reojo a las damas y se limitaban a observar a los lados para comprobar si el criado del gobernador había tenido a bien poner la mesa con el tapete verde para jugar al *whist*. Tenían las caras redondas y mofletudas, algunas de ellas estaban cubiertas incluso de verrugas o picadas de viruela. No llevaban peinados, nada de tupés o rizos, ni se arreglaban el pelo *à la diable m'emporte*, como dicen los franceses; lo tenían muy corto o liso; por lo que respecta a sus facciones, eran, por lo general, redondeadas y duras. Estos hombres eran los funcionarios honorables de la ciudad. ¡Ay! En este mundo, los gordos saben manejar sus asuntos mejor que los flacos. A estos últimos a menudo les encargan misiones especiales o se dedican únicamente a figurar y revolotear de aquí para allá; su existencia es en cierto modo ligera, vaporosa y del todo precaria. Los gordos desconocen los rodeos, van siempre en línea recta, y, si ocupan un puesto, se aferran a él con firmeza y solidez, de modo que por mucho que cruja su butaca y se combe bajo su peso no la abandonarán. No quieren brillar; sus fracs no están tan bien cortados como los de los flacos, pero en sus cofrecitos atesoran un paraíso divino. Al cabo de tres años, al flaco no le queda ni un alma sin llevar a la casa de empeños; en cambio, el gordo, ni corto ni perezoso, de pronto compra, a nombre de su mujer, una casa en un extremo de la ciudad; luego, una segunda en la otra punta; después, un pueblecito modesto en los alrededores; más tarde, una aldea y todas sus tierras. Finalmente, el gordo, después de haber servido un tiempo a Dios y al zar y haberse ganado el respeto general, dejará el servicio y se mudará para desempeñar el papel de terrateniente y prestigioso *barin*²² ruso que a todos ofrece hospitalidad: irá viviendo, y vivirá muy bien. Y después de él, como es costumbre en Rusia, sus lánguidos herederos dilapidarán el patrimonio al buen tuntún. No podemos ocultar que esta suerte de cavilaciones, más o menos, ocupaba a Chíchikov mientras contemplaba aquella reunión; y la consecuencia de ello fue que acabó por unirse a los gordos, en cuya compañía encontró caras que le resultaron, casi todas, conocidas: el procurador de cejas muy negras y tupidas y con un leve tic en el ojo izquierdo, como si dijera:

²² Señor, noble.

«Vamos a la otra habitación, hermano, y allí te contaré algo», aunque era un hombre, por lo demás, serio y taciturno; el jefe de Correos, un hombre bajito pero ocurrente y filósofo; el presidente de la Cámara, de lo más juicioso y afable. Todos recibieron a Chíchikov como a un viejo conocido, a lo que él respondió prodigando saludos, un poco inclinado de través, pero no sin encanto. No tardó en conocer al muy afable y cortés terrateniente Manílov, así como a Sobakévich,²³ de aspecto un poco torpón y que nada más verlo le propinó un pisotón, después de lo cual dijo: «Le ruego me disculpe». Inmediatamente le invitaron a jugar al *whist*, que él aceptó con la misma reverencia amable, y se sentaron a la mesa de juego, que no abandonaron hasta la cena. Todas las conversaciones cesaron, como siempre pasa cuando uno se entrega a un quehacer práctico. Aunque el jefe de Correos era muy locuaz, también él mudó el semblante una vez tuvo las cartas en la mano, y adquirió un aspecto pensativo, cubriendo su labio inferior con el superior, y mantuvo el rictus inalterable durante toda la partida. Al sacar una carta, descargaba un manotazo sobre la mesa sin dejar de añadir, si era una dama: «¡Fuera, vieja mujer del pope!»; y si era un rey: «¡Largo de aquí, campesino de Tambov!». El presidente de la Cámara, por su parte, decía: «¡Lo voy a coger por los bigotes, a éste! ¡La voy a coger por los bigotes, a ésta!». A veces, cuando los jugadores tiraban sus cartas sobre la mesa, se entremezclaban otras expresiones: «¡Ah, pase lo que pase, yo tiraré diamantes!». O bien otras exclamaciones: «¡Corazón!», «¡Corazonada!» o «¡Picaza!», «¡Picacho!», «¡Picarón!» o simplemente «¡Picaflor!», nombres con los que habían bautizado, en su círculo, a los palos de la baraja. Cuando terminaron la partida, subieron el tono de voz, como es habitual. Nuestro viajero también discutió, pero con maestría consumada, de manera que su agradable cortesía no pasó desapercibida para nadie. Nunca decía: «Usted tiró la carta de salida», sino: «Usted tuvo la bondad de tirar la carta de salida...»; «Tuve el honor de matar su dos», y expresiones por el estilo. Para ganarse a sus adversarios, les ofrecía una y otra vez su tabaquera en plata nielada, en cuyo fondo había dos violetas depositadas allí para perfumar el tabaco. Los terratenientes Manílov y Sobakévich, ya mencionados con anterioridad, atrajeron muy en particular la atención del forastero. Al instante pidió informes sobre ellos,

²³ La inmensa mayoría de los apellidos que Gógol asigna a sus personajes tiene un significado temático: Manílov se construye a partir del verbo ruso *manit*, que significa «atraer», «seducir», «encantar». Por su parte, Sobakévich deriva de *sobaka*, «perro».

llevándose con este fin un poco aparte al presidente y al jefe de Correos. Las preguntas formuladas revelaron no sólo curiosidad, sino que era un hombre dotado de buen juicio. Pues antes que nada quiso saber cuántas almas de campesinos tenía cada uno de ellos y cuál era el estado de sus propiedades, y sólo después se interesó en conocer sus nombres y patronímicos. En un santiamén logró cautivarlos. El terrateniente Manílov, un hombre aún en absoluto viejo y cuyos ojos, dulces como el azúcar, entrecerraba cada vez que se reía, se mostraba entusiasmado con él. Le estrechó la mano durante largo rato, pidiéndole de una forma convincente que le hiciera el honor de visitar su aldea que, según él, sólo se encontraba a quince verstas²⁴ de las puertas de la ciudad, a lo que Chíchikov, con una inclinación de cabeza de lo más cortés y un sincero apretón de manos, respondió que no sólo aceptaba con mucho gusto, sino que incluso lo consideraba un deber sagrado. Sobakévich, por su parte, dijo, lacónico: «Está usted también invitado a la mía», a la vez que hizo entrecocar los tacones de sus botas, cuyo tamaño era tan gigantesco que sería impensable encontrar para ellas pies apropiados, sobre todo en los tiempos que corren, cuando incluso en Rusia los *bogatires*²⁵ están en vías de extinción.

Al día siguiente, Chíchikov fue a comer y a pasar la tarde a casa del jefe de Policía donde, desde las tres de la tarde hasta las dos de la madrugada, jugaron al *whist*. Allí, entre otras cosas, conoció al terrateniente Nozdriov,²⁶ un tipo alegre de unos treinta años que, después de intercambiar con él tres o cuatro palabras, pasó a tutearlo. Nozdriov también hablaba de tú al jefe de Policía y al procurador, y se dirigía a ellos de manera amistosa; sin embargo, cuando se sentaron a echar una partida de verdad, los dos últimos observaron sus bazas con extraordinaria atención, ojo avizor a casi cada carta que el otro jugaba. Al día siguiente, Chíchikov pasó la tarde en casa del presidente de la Cámara, quien recibió a sus invitados, entre ellos cierto par de damas, vestido con una bata un tanto grasienta. Después se celebró una velada en la residencia del vicegobernador, una gran comida en casa del contratista;

²⁴ La versta (en ruso, *verstá*) es una antigua medida de longitud rusa que se empleaba para medir los itinerarios, equivalente a 1,067 km.

²⁵ Héroes de las leyendas medievales eslavas (*bilini*, «cosas que pasaron») o de las canciones épicas tradicionales que se remontan, cuando menos, al siglo XI. Los atributos de los *bogatires*, inspirados en personajes reales o míticos, eran gran valor, fuerza y resistencia.

²⁶ Nozdriov deriva de *nozdra*, «fosa nasal».

luego, una pequeña comida, que, por cierto, valía por una cena, en casa del procurador; y, por fin, después de la misa, unos entremeses en casa del principal comerciante de la ciudad, que también valieron por una comida. En pocas palabras, nuestro forastero no tuvo oportunidad de quedarse ni una sola hora en su alojamiento, adonde sólo volvía para dormir. Siempre sabía encontrar el tono conveniente y se mostraba como un experimentado hombre de mundo. Fuera cual fuese el tema de conversación, siempre era capaz de seguirla. ¿Se hablaba de la cría de caballos? Él tenía su opinión al respecto. ¿De perros de raza? Él añadía observaciones muy pertinentes. ¿Se discutía de una instrucción a cargo del tribunal de cuentas? Él demostraba que no le resultaban ajenos los tejemanejes judiciales. ¿Se opinaba sobre el billar? Tampoco erraba el tiro. ¿De la virtud? Decía al respecto cosas muy acertadas y las lágrimas incluso le anegaban los ojos. ¿Sobre la elaboración del ponche? De eso también entendía. ¿Sobre los funcionarios y los aduaneros? Hacía unas consideraciones tales que se le habría podido tomar por uno de ellos. Pero lo más destacable es que envolvía todo esto de un halo de seriedad y sabía comportarse bien. No hablaba ni fuerte ni bajo, sino como es debido. En pocas palabras, se mirara por donde se mirase era un hombre de lo más decoroso. Todos los funcionarios estaban satisfechos con la llegada de este nuevo personaje. El gobernador declaró que era un hombre con buenas intenciones; el procurador lo juzgó un tipo curtido; el coronel de la gendarmería lo consideró un sabio; el presidente de la Cámara, alguien instruido y distinguido; el jefe de Policía lo tuvo por honesto y cortés; la esposa del jefe de Policía, por el más insigne y amable de los hombres. Incluso Sobakévich, poco inclinado a calificar favorablemente a nadie, cuando llegó a su casa muy tarde desde la ciudad, no pudo evitar decir, ya desvestido y acostado en la cama al lado de su esmirriada mujer: «Almita mía, he estado en la velada del gobernador, he comido donde el jefe de Policía y he conocido al asesor colegiado Pável Ivánovich Chíchikov: ¡un hombre agradabilísimo!». A lo que la esposa respondió con un «¡Hummm!» y lo empujó con el pie.

Esta opinión, de lo más halagadora para nuestro viajero, fue la que se formó sobre él en la ciudad y perduró hasta que una extraña cualidad del forastero, una empresa o, como dicen en las provincias, un *passage* del que no tardará en enterarse el lector, sumiese a casi toda la ciudad en la más completa perplejidad.

CAPÍTULO SEGUNDO

Hacía ya más de una semana que el forastero vivía en la ciudad, yendo de veladas a comidas, y pasando de este modo el tiempo, como se suele decir, muy gratamente. Al final se decidió a ampliar sus visitas más allá de la ciudad y pasar a ver a los hacendados Manílov y Sobakévich, a quienes se lo había prometido. Tal vez lo empujara a ello otro motivo de más peso, un asunto más serio y más próximo a su corazón... Pero de todo esto se irá enterando el lector poco a poco y a su debido tiempo, siempre que tenga la paciencia de leer el presente relato, muy largo, el cual se extenderá y ampliará a medida que se acerque al final, que corona toda la obra. Al cochero Selifán se le dio la orden de tener enganchados, por la mañana temprano, los caballos a la calesa que ya conocemos. A Petrushka se le mandó quedarse en casa para vigilar su aposento y el equipaje. Para el lector, no estará de más conocer a los dos siervos de nuestro protagonista. Aunque no son personajes demasiado notables, huelga decirlo, sino que son más bien de esos que se califican *de segunda fila* o incluso *de tercera*, y, a pesar de que ni la marcha de los acontecimientos ni los resortes de este poema se apoyan en ellos y sólo se les alude y roza aquí y allá ligeramente..., no obstante, el autor siente un extraordinario apego por los detalles hasta en sus más mínimos aspectos y, en relación con esto, si bien es ruso, quiere ser meticoloso como un alemán. Por otra parte, no ocupará ni mucho tiempo ni mucho espacio, pues no hay gran cosa que añadir a lo que el lector ya sabe; es decir, que Petrushka llevaba una levita marrón un poco ancha heredada de su señor y que tenía, como es costumbre entre la gente de su condición, la nariz y los labios gruesos. De natural era más taciturno que locuaz e incluso manifestaba una noble inclinación a la cultura, esto es, a la lectura de libros cuyo contenido le resultaba indiferente. Se tratara de las tribulaciones de un personaje enamorado, de un simple silabario o de un libro de oraciones, a él le daba lo mismo: todo lo

leía con idéntica atención; de haberle dado un manual de química, tampoco lo habría rechazado. Le gustaba no aquello sobre lo que leía, sino más bien la lectura misma o, mejor dicho, el proceso de leer, el hecho de que siempre, entre las letras, surge alguna palabra que, en ocasiones, sólo el diablo sabe qué quiere decir. A la lectura se entregaba las más de las veces en posición supina, en la antesala, sobre la cama cuyo jergón, debido a esta circunstancia, se había quedado aplastado y fino como una tortita. Además de la pasión por la lectura, Petrushka tenía otras dos costumbres que constituían dos de sus rasgos característicos: se acostaba sin desvestirse, tal como iba, con la misma levita, y emanaba persistentemente ese olor suyo tan peculiar, un tufillo que sólo le pertenecía a él, que evocaba en cierto sentido el de un cuarto habitado, de modo que bastaba con que colocara su cama en algún lugar, aunque fuera en una habitación hasta entonces desocupada, y trasladara allí su capote y sus enseres, para que ya pareciera que en esa habitación vivía gente desde hacía una década por lo menos. Hombre de lo más delicado, incluso aprensivo en ciertos casos, Chíchikov, al llenar los pulmones de buena mañana con la nariz fresca, se limitaba a fruncir el ceño y sacudía la cabeza, a la vez que decía: «El diablo sabrá qué pasa contigo, hermano. ¿Sudas o qué? Lo mejor sería que fueras a una casa de baños». A lo que Petrushka no replicaba nada y al instante se afanaba en ocuparse con cualquier otro quehacer: bien se acercaba, cepillo en mano, al frac colgado de su señor, bien se ponía a ordenar algo. ¿En qué pensaba, en aquellos momentos, cuando se sumía en el mutismo? Quizá dijese para sus adentros: «Pues anda que tú estás bueno... ¿No te aburres de repetir cuarenta veces, una y otra vez, lo mismo?». Sólo Dios lo sabe, es difícil comprender lo que piensa un siervo cuando su señor lo sermonea. Así pues, esto es todo cuanto podemos decir, por el momento, de Petrushka. Selifán, el cochero, era un hombre completamente diferente... Pero al autor le abochorna su propio empeño en distraer a los lectores tanto rato con gente de baja estofa, sabiendo por experiencia cuánto aborrecen tratar con sus inferiores. El ruso es así: arde en deseos de relacionarse con cualquiera que pertenezca a una categoría más alta que la suya, aunque sea sólo un grado, y prefiere conocer superficialmente a un conde o a un príncipe a entablar una estrecha amistad cualquiera. El autor incluso abriga algún que otro temor con respecto a su héroe, un simple asesor colegiado. Tal vez los consejeros de la Corte accedan a conocerlo, pero los que ostenten ya el rango de general,

¿quién sabe?, quizá le lancen una de esas miradas de desdén que dirigen con altanería a todo cuanto se arrastra a sus pies o, tanto peor, quizá pasen de largo con una indiferencia mortífera para el autor. Pero, por doloroso que sea lo uno y lo otro, tendremos que volver, no obstante, a nuestro protagonista. Así pues, después de dar las órdenes oportunas la noche anterior, se despertó muy temprano, se lavó y se frotó de la cabeza a los pies con una esponja húmeda, ritual que reservaba para los domingos, y aquel día resultó que lo era; luego se afeitó de tal modo que las mejillas, por su suavidad y tersura, se tornaron pura seda; se puso su frac moteado color frambuesa y su gabán forrado de abundante piel de oso, bajó por la escalera sostenido —ahora por la derecha, ahora por la izquierda— por el criado de la posada, y se montó en el carruaje. El coche cruzó con gran estruendo el portón de la posada y salió a la calle. Un pope que pasaba por allí se quitó el sombrero; algunos pilluelos con las camisas sucias alargaron las manos, diciendo: «¡Una limosnita, señor, para este pobre huérfano!». Percatándose el cochero de que uno de ellos parecía muy aficionado a saltar a la parte trasera de los carruajes, le arreó un latigazo, y el coche prosiguió su camino, dando brincos por el empedrado. No sin alegría vislumbraron a lo lejos la barrera rayada que marcaba el límite de la ciudad, señal de que el empedrado, como cualquier otro suplicio, pronto llegaría a su fin; y aún tuvo tiempo Chíchikov de darse algunos cabezazos bastante fuertes contra el techo de la calesa antes de que ésta comenzara a deslizarse, por fin, sobre terreno blando. Apenas dejó atrás la ciudad, empezaron a dibujarse, como es costumbre en nuestro país, las cosas más peregrinas y absurdas a ambos lados del camino: pequeños montículos, abetales, bosquecillos bajos y enclenques de jóvenes pinos, ennegrecidos troncos de árboles viejos, brezo salvaje y otras majaderías por el estilo. Encontraron pueblos tirados a cordel con casas similares a viejos almacenes de leña, cubiertas con techos grises ribeteados con adornos tallados en madera que parecían servilletas bordadas tendidas a secar. Algunos campesinos, según la costumbre, bostezaban sentados en bancos enfrente de las puertas, enfundados en sus zamarras de piel de oveja. Mujeres mofletudas, con vestidos ceñidos a la altura del pecho, observaban desde las ventanas superiores, mientras que en las de abajo un ternero miraba o un cerdo asomaba su hocico ciego. En pocas palabras, unas estampas de lo más familiar. Al pasar por delante del poste que señalaba quince verstas, recordó que el pueblo de Manílov, según este último, debía encontrarse

por aquellos parajes, pero dejó atrás también la decimosexta versta sin que ningún pueblo apareciera en el horizonte y, de no haber sido por dos campesinos que salieron al encuentro, es poco probable que hubiesen dado con el camino. A la pregunta de si estaba lejos de allí el pueblo de Zamanílovka, los campesinos se quitaron los sombreros, y uno de ellos, con la barba puntiaguda y un poco más listo que el otro, respondió:

—¿No será Manílovka lo que buscas, en lugar de Zamanílovka?²⁷

—Pues sí, Manílovka.

—¿Manílovka? Sigue adelante una versta más y allí la tienes. O sea, recto a la derecha.

—¿A la derecha? —repitió el cochero.

—A la derecha —dijo el campesino—. Ése es el camino para Manílovka, porque no hay ningún Zamanílovka. Es así como se llama, es decir, su nombre es ése, Manílovka, porque no hay tal Zamanílovka. Allí, sobre una colina, verás una casa de dos plantas, de piedra; es la hacienda del señor, esto es, donde vive. Ahí es donde está Manílovka, porque por aquí no hay ningún Zamanílovka, ni nunca lo ha habido.

Partieron a la búsqueda de Manílovka. Pasadas dos verstas, encontraron el camino vecinal que doblaba a la derecha, pero recorrieron dos, tres, cuatro verstas, si no me equivoco, y la casa de piedra de dos plantas seguía sin aparecer. Chíchikov se acordó entonces de que cuando un conocido te invita a visitarlo a una aldea a quince verstas de distancia conviene contar treinta. El lugar donde estaba situado Manílovka podía seducir a alguna que otra alma cándida. La casa señorial se alzaba, solitaria, en la colina o, mejor dicho, en una elevación expuesta a todos los vientos que tuvieran a bien soplar. La ladera estaba cubierta de césped recortado, con dos o tres parterres de estilo inglés en que se distinguían arbustos de lilas y acacias amarillas. Aquí y allá, pequeños grupos de cinco o seis abedules alzaban al cielo las hojas diminutas

²⁷ Manílovka es el nombre del pueblo y de la finca de Manílov, también llamados Zamanílovka erróneamente en este pasaje. El prefijo *za-* indica «más allá». Ambos nombres se repiten muchas veces en el breve diálogo, un recurso cómico muy frecuente en la prosa gogoliana. Este error obedece a lo siguiente: los atributos físicos de Manílov dejan al descubierto su naturaleza interior. De ojos azules y cabello rubio, la excesiva dulzura de los rasgos de este personaje, aunque no desprovista de encanto, es almibarada. Se produce un juego de palabras entre *manit* y *zamanit* («seducir, tentar») que revela cierta confusión en la cabeza de Chíchikov. Al incurrir en este *lapsus linguae*, se adivina que algo chirría en este encanto seductor.

de sus raquílicas copas. Debajo de dos de ellos se veía un cenador con una chata cúpula verde, columnas azules de madera y el letrero: «TEMPLO DE MEDITACIÓN SOLITARIA». Más abajo, se divisaba un estanque invadido de verdín, lo cual, doy fe, nada tiene de extraordinario en los jardines ingleses de los hacendados rusos. Al pie de este altozano y en parte de la ladera negreaban, a lo largo y a lo ancho, varias cabañas de troncos grises, que nuestro protagonista, por razones que ignoramos, se puso a contar: eran más de doscientas. Entre ellas no había ni un árbol ni la menor brizna de hierba. Lo único que se veía por todas partes eran troncos. El paisaje estaba animado por dos mujeres que, con las faldas pintorescamente recogidas y arremangadas, avanzaban con el agua hasta las rodillas dentro del estanque, arrastrando con dos palos de madera una red rota en la que estaban atrapados dos cangrejos y resplandecía un gobio que se había dejado pescar. Las mujeres parecían estar en mitad de una riña y se insultaban por algo. Un poco a lo lejos se distinguía un bosque de pinos de un monótono azul oscuro. Incluso el tiempo armonizaba muy oportunamente con el paisaje: no era un día ni despejado ni lúgubre, sino de ese gris claro que sólo se ve en los viejos uniformes de los soldados de guarnición, tropas por lo demás pacíficas, aunque parcialmente ebrias los días de fiesta. Para completar el cuadro no faltaba uno de esos gallos anunciadores de inclemencias que, si bien tenía la cabeza con los sesos al aire por los picotazos que le habían propinado otros gallos a causa de los consabidos galanteos, gritaba a pleno pulmón e incluso batía sus alas deshilachadas como viejas esteras. Al acercarse al patio, Chíchikov vio apostado en el zaguán al propio dueño; vestido con una levita verde de lana, se había llevado la mano a la frente, a modo de paraguas sobre los ojos, tratando de distinguir mejor el coche que se aproximaba. A medida que el carruaje se acercaba al porche, sus ojos se tornaron más alegres y su sonrisa cada vez más amplia.

—¡Pável Ivánovich! —gritó finalmente, cuando Chíchikov se apeó del coche—. ¡Después de todo, se dignó acordarse de nosotros!

Los dos amigos se besaron efusivamente, y Manílov condujo a su invitado al interior de la casa. Aunque el tiempo que los dos precisarían para cruzar el vestíbulo, la antesala y el comedor será más bien poco, aun así, trataremos de aprovecharlo para decir algunas palabras sobre el señor de la casa. En este punto del relato, sin embargo, el autor debe confesar que semejante empresa es sumamente ardua. Se prestan mucho más al retrato los

hombres de gran carácter. Basta con lanzar a manos llenas los colores sobre el lienzo: negros ojos ardientes, cejas tupidas, la frente surcada por una arruga, echada sobre el hombro una capa negra o roja como el fuego, y el retrato ya está listo. Pero estos señores, y hay muchos de ellos en este mundo, que se parecen entre sí y que, sin embargo, cuando uno los mira con atención, distingue un sinfín de rasgos de lo más imperceptibles... Estos señores son terriblemente difíciles de retratar. En estos casos hay que tensar al máximo la atención hasta conseguir que emerjan los rasgos más sutiles, casi invisibles y, en general, debe penetrar muy hondo la mirada hartó ejercitada en la ciencia de la observación.

Sólo Dios, acaso, podría decir cuál era el carácter de Manílov. Hay una suerte de personas a las que se conoce con los apelativos de *ni fu ni fá, ni carne ni pescado, ni chicha ni limonada*, como reza la expresión popular. Quizá habría que inscribir a Manílov en este grupo. A primera vista, era un hombre resultón: sus facciones no estaban privadas de encanto, pero ese encanto suyo parecía demasiado almibarado; con sus maneras y palabras buscaba granjearse los buenos sentimientos y la amistad de los otros. Rubio y de ojos azules, sonreía de una manera seductora. En cuanto se entablaba una conversación con él, no se podía evitar exclamar: «¡Qué hombre tan bueno y agradable!». Un instante después, uno ya no decía nada y, a los tres minutos, pensaba: «¿Qué demonios es esto?», y se apresuraba a alejarse, pues, si no, le invadía un hastío mortal. De su boca no escaparía una palabra viva, ni tan sólo arrogante, como suelta prácticamente cualquiera cuando se toca su tema favorito. Cada uno, en efecto, tiene su afición predilecta: a uno le entusiasman los galgos; otro es un gran apasionado de la música y cree sentirla en toda su profundidad; el tercero es un auténtico maestro en el arte culinario; el cuarto aspira a desempeñar un papel aunque sea sólo un palmo más alto del que le ha asignado el destino; el quinto, más limitado en sus ambiciones, duerme y sueña con pasarse en compañía de un edecán, pavoneándose delante de sus amigos, conocidos e incluso desconocidos; el sexto está dotado de una mano que siente un deseo sobrenatural de marcar algún as o el dos de diamantes; mientras que la mano de un séptimo siente el impulso de imponer el orden acercándose más a la fisonomía de un maestro de postas o de un cochero. En resumen, todo el mundo tiene su afición predilecta, pero Manílov no tenía ninguna. En casa se mostraba poco locuaz, se pasaba la mayor